

excusas y atenuaciones en los procedimientos del gobierno. Lejos de ayudar á la policía, complaciase la gente en despistarla, tomando parte en suscripciones cuyo fin no era dudoso, aunque se encubría bajo el velo de la caridad, en la esperanza de que si los nihilistas lograban al cabo salirse con la suya, concluiría el terror implantándose un régimen más liberal. «Tenga usted, dijo un día un reaccionario á su médico, fildado de nihilista, tenga usted doscientos rublos para dinamita y que esto termine de una vez.

Este estado de la opinión era peligroso, y el gobierno lo comprendió después del atentado del cinco de Febrero. En su virtud, celebróse á los pocos días una reunión de gobernadores generales, bajo la presidencia del emperador, y en ella, Loris Melikoff, que regía el distrito de Kharkoff, declaróse partidario de un sistema de gobierno que permitiese dar satisfacción, en ciertos límites, á los deseos del país, sin dejar, empero, de combatir á los revolucionarios. Convencido el emperador, nombró á Loris Melikoff presidente de la *Comisión ejecutiva suprema*, con poderes casi ilimitados. El vencedor de Muhktar-Bajá y conquistador de Kars y de Erzerun no era ruso de raza, sino armenio: hombre de carácter firme, poseía, no obstante, la flexibilidad propia de los orientales: en el gobierno de Kharkoff, había usado con moderación de sus poderes, siendo el único de los gobernadores militares contra quien no fulminara sentencia de muerte el comité ejecutivo. Ahora iba á ver si podía extender á Rusia entera los beneficios de la obra de paz realizada en Kharkoff. La empresa presentaba dificultades, por lo vasto de la escena y por los celos que provocaba la extraordinaria fortuna del armenio. A pesar de ello, los comienzos fueron afortunados. Un joven judío, de Minsk, atentó á la vida del general, que resultó ileso, deteniendo con su propia mano al asesino, á quien hizo juzgar y ejecutar en el plazo de veinticuatro horas. Después de haber probado con este y otros hechos su energía y resolución, pudo Loris Melikoff, sin temor de que lo motejaran de débil, levantar el destierro á multitud de deportados en Siberia y volver á abrir las puertas de las universidades á numerosos estudiantes, expulsados de ellas sin motivo ó con fútiles pretextos. Enseguida suprimió, con mucho aparato, la odiosa *Sección tercera* de la policía, que había hecho correr tantas lágrimas, y, finalmente, puso el colmo á su popularidad, renunciando por sí mismo á sus facultades excepcionales y contentándose con el título más modesto de ministro de lo Interior. En estas dos últimas reformas, el cambio, en realidad, fué sólo cuestión de nombre; pero, de cualquier modo, no cabe negar que Loris Melikoff, con su política hábil é inteligente, calmó las pasiones, consiguiendo que cesaran los atentados nihilistas durante algún tiempo. No obstante, el mismo lisonjero éxito obtenido le condujo á un callejón sin salida; pues, viendo renacer la tranquilidad, el público confiaba en el planteamiento inmediato de reformas decisivas: Loris Melikoff era popular, porque se le creía liberal, suponiéndole dispuesto á implantar en Rusia el régimen representativo.

El general armenio, empero, no podía, ni probablemente deseaba, ser un Lafayette ruso. En materia de constitución, como en materia de policía, su objetivo era salvar las apariencias, fingiendo satisfacer los anhelos de la opinión sin mermar las prerrogativas imperiales. Puesto en la necesidad de intentar algo por la espectación ansiosa del público, propuso al emperador, al principiar el año de mil ochocientos ochenta y uno, un proyecto que instituía una alta comisión, compuesta de grandes dignatarios del imperio y de delegados de los *zemstva*, ó consejos provinciales. «¡Esto es una asamblea de notables!», dicen que exclamó Alejandro II, leyendo el proyecto. El Czar exageraba: en la comisión ideada por Melikoff, había un corto número de representantes indirectos de la nación, al lado de un número considerable de funcionarios públicos: el gobierno podía, pues, hacer pesar su voluntad sobre ella, á medida de su gusto. Fuese por esta causa, fuese porque Alejandro II, debilitado, desalentado, entregado de lleno á los placeres de un matrimonio morganático que acababa de contraer, ansiase la paz y el reposo, el caso es que aceptó, tras largas vacilaciones, el plan de Melikoff. Algunos días antes del señalado para promulgar el decreto constitucional, la policía se puso en la pista de un nuevo complot. Un tal Feliaboff, individuo del comité ejecutivo nihilista, fué detenido; otros arrestos eran inminentes: mientras se verificaban, Loris Melikoff suplicó al emperador que no saliese del Palacio de Invierno. Sin embargo, Alejandro II, el trece (primero) de Marzo, precisamente después de haber firmado y mandado á la imprenta el ensayo de la constitución de Melikoff, asistió á la parada militar que, por ser domingo, se celebraba. He aquí ahora cómo refiere un testigo ocular lo sucedido aquel día:

«A la hora prefijada, se abrieron las puertas de la gran plaza de ejercicios y se presentó el emperador, vistiendo el uniforme del batallón de ingenieros de la guardia, con su yelmo y plumero ondeante, sobre un brioso caballo negro, que solía montar con preferencia. El soberano había envejecido rápidamente en los últimos años, sobre todo, después de la guerra con Turquía. El cabello y el pelo de la barba se le habían puesto grises; su fisonomía, noble, hermosa y distinguida, estaba pálida, como siempre; sus ojos grandes, cuya penetrante mirada no se olvidaba nunca, expresaban la melancolía y el sufrimiento, hijos de los desengaños que acibararon su vida, tanto por la deficiencia de sus tropas como por el menguado afecto de su pueblo y los fracasos de su diplomacia. El Czar saludó con afable gravedad á sus soldados, cuyos vivas atronadores resaltaron sobre los acordes de la música; pasó luego al frente de los oficiales, posando su mirada con cariño en diferentes individuos, y después tendió la mano á su hijo mayor, el heredero del trono, al cual prometió asistir á la comida preparada para festejar su cumpleaños. ¡Quién habría podido sospechar entonces que el ángel de la muerte se cernía sobre la cabeza del poderoso emperador; que á algunos pasos de allí estaban ojo avizor los asesinos, y que el heredero, satisfecho del paternal apretón de ma-

nos, estaría á las pocas horas arrodillado junto al cadáver ensangrentado de su padre!...

»La parada se efectuó de la manera acostumbrada. El Czar dió las gracias á las tropas por su actitud, se despidió de los generales y entró en el coche, que estaba esperándole delante de la plaza de los ejercicios, diciendo él mismo al cochero que fuese al cercano palacio de la gran duquesa Catalina Michaelwna, donde había prometido almorzar. Al dar el coche la vuelta para dirigirse al citado palacio, algunos transeuntes, según resultó de la información practicada posteriormente, vieron junto al puente de Kasan á una señora vestida de negro, que se pasaba tres veces por la cara un pañuelo blanco. Era Sofía Perowskaya. A esta señal convenida, se acercaron algunos hombres, en su mayoría vestidos de aldeanos, que acudían de distintos puntos, siguiendo la calle á lo largo del canal de Catalina, que era el camino más corto por donde el emperador podía regresar al Palacio de Invierno. En una casa de la inmediata calle de Jardines, cerró su tienda un comerciante de quesos, que se había establecido recientemente, y se marchó con su mujer, lo cual, siendo domingo, no llamó la atención. Al día siguiente, se descubrió allí una mina, que resultó inútil, por haber regresado el Czar pasando por el canal de Catalina. El coche imperial se fué acercando con rapidez, escoltado como siempre; la multitud se descubría con respeto, y ya sonaban algunos vivas, cuando se oyó una detonación atronadora detrás del carruaje. Sólo se veía fuego y humo; adoquines y astillas del coche volaron por el aire; los caballos se detuvieron espantados, y al lado del coche se revolcaban en su sangre cosacos de la guardia y algunos hombres y mujeres, entre ellos un chico, aprendiz de panadero, que gritaba lastimeramente: «¡Qué culpa tengo yo!», hasta que, á los pocos momentos, la muerte le cerró la boca. El cochero imperial, ruso genuino, de lengua barba, encanecido en el servicio del Czar, echó una mirada al interior del coche y se convenció de que su amo vivía y de que el carruaje aún podía servir. Dió, pues, un latigazo á los caballos; pero entonces le ordenaron desde dentro que parase. Abrióse la portezuela, y se presentó el emperador con la cara lívida y las manos manchadas de sangre. Los cristales del coche le habían herido ligeramente. Los oficiales y gentes del pueblo se acercaron, preguntándole si estaba herido. Alejandro contestó negativamente; mas al ver á los muertos y heridos que yacían en torno del coche, santiguóse y dijo con voz trémula y apagada: «¡Y éstos!» En aquel momento, manifestó un oficial de policía que el asesino había sido capturado. En efecto, á los pocos pasos del lugar del suceso, dos agentes sujetaban á un hombre vestido de aldeano, que, al parecer, tenía la vista fija en el emperador, el cual se aproximó á él, diciéndole: «¿Eres tú el criminal que me ha querido quitar la vida?—Sí, replicó con voz firme el joven.—¿Cómo te llamas?» El joven dió un nombre falso: el verdadero, como después se averiguó, era Ryssakoff. Acercóse un oficial de la guardia, muy conocido del emperador, para informarse de si estaba ó no herido, á lo cual respondió el soberano: «No, gracias á Dios.»

No debió de hacer caso de las ligeras heridas recibidas. El criminal, al oírle, murmuró con sorna estas palabras, que sólo entendieron los que estaban á su lado: «¡Todavía no es tiempo de dar gracias á Dios!»

»El emperador no se enteró de ellas, y se dirigió, á lo largo de la barandilla del canal, hacia el coche, apartándose el gentío respetuosamente. Entonces salió de la multitud un individuo, que levantó la mano derecha, en la que tenía un objeto semejante á una pelota de nieve, y lo arrojó entre su persona y el emperador. Vióse también que Alejandro II se persignaba; pero en el mismo momento estalló una descarga más fuerte que la primera. El hombre de la bomba y el Czar quedaron envueltos en humo durante algunos segundos: cuando éste se disipó, se hallaron uno al lado del otro. El emperador tenía la cara ensangrentada; sus piernas eran una masa informe, y del bajo vientre le salía la sangre á chorros, formando un charco rojo en la nieve, donde se mezcló con la sangre del asesino, herido de la misma manera. Llamábase el último Grinewitzki.

»Dando gritos de dolor, se precipitó sobre el cuerpo destrozado de Alejandro su hermano menor y favorito el gran duque Miguel, preguntándole si le conocía. El emperador contestó muy bajo: «Frio, frío»; añadiendo después de una pausa: «Al Palacio de Invierno, morir allí». Estas fueron las últimas palabras pronunciadas por el soberano con conocimiento: todas las demás que se le atribuyen habrán sido sorprendidas por el amor y la ilusión en los labios del moribundo. Se envolvió al emperador en la capa de un oficial, porque la suya estaba hecha pedazos, y se le condujo al paso, en un trineo abierto, al Palacio de Invierno, señalando el camino un reguero de sangre.

»La noticia de lo ocurrido se esparció por la ciudad con la velocidad del rayo, y al poco tiempo había reunidas no menos de diez mil personas delante de la regia morada, en cuyos tejados ondeaba la bandera imperial. En trineos y coches corrieron presurosos á palacio los personajes de la corte, siendo de los primeros que llegaron el príncipe heredero y su esposa, en cuyas fisonomías se pintaba la emoción más profunda: no respondieron á los saludos de la muchedumbre, y el príncipe daba prisa al cochero, que tendía, sin parar, el látigo á los caballos. La multitud no apartaba la vista de las ventanas de los aposentos del emperador, contemplando con emoción la bandera imperial. Continuamente las personas que salían del palacio comunicaban noticias del estado del soberano, siendo cada vez más desesperadas. Hubo después una larga pausa; luego se vió bajar la bandera á media asta: Alejandro había muerto. Todos los presentes se descubrieron y, santiguándose, se arrodillaron, rezando una oración por el Czar difunto. El emperador Alejandro III acababa de subir al trono y empezaba su reinado».

Reanudando ahora el hilo de nuestra interrumpida narración, repetiremos que las tendencias y simpatías atribuidas á Alejandro III preocupaban al canciller de Alemania, el cual trabajaba sin descanso para fortalecer el imperio germánico y buscarle nuevos

aliados. Evocando el espectro de la venganza francesa ante el Reichstag, había conseguido, según ya hemos dicho, que se prorrogase por siete años la ley militar de mil ochocientos setenta y cuatro, así como que se elevara de cuatrocientos un mil hombres á cuatrocientos veintisiete mil el efectivo del ejército, en tiempo de paz. Mediante una serie de reformas económicas, que hizo triunfar con su tesón acostumbrado, no obstante la ruda oposición que suscitaban, dotó al Tesoro del imperio de recursos independientes de los distintos presupuestos federales. Aplicando la ley draconiana de mil ochocientos setenta y ocho, se propuso aterrorizar no sólo á los socialistas, sino á la democracia entera. Al par, como necesitaba los votos del centro parlamentario para imponer su política de reacción y de monopolio, trató de restablecer la paz religiosa en el imperio. Desde mil ochocientos setenta y seis, en que, gracias á la victoria de los republicanos en Francia, desapareciera el temor de ver unidas estrechamente á esta potencia con la Santa Sede, venía tendiendo la mano á los católicos y había introducido, en la práctica, ciertas modificaciones en las leyes de Mayo, que atenuaban su rigor. Parece que estas coqueterías del canciller con la Santa Sede debían enfriar sus relaciones con el gobierno italiano. No obstante, en esta época, deseoso de reforzar la alianza austro-alemana, procuraba captarse la amistad de Italia, no sin buen éxito, y si le reprochaban sus condescendencias con el Papa, daba á entender que la reconciliación de Alemania con Roma acaso facilitaría algún día la del pontificado con Italia.

En este país, la derecha había conservado de mil ochocientos setenta á mil ochocientos setenta y seis el poder, que ejercía desde mil ochocientos sesenta y uno. La situación angustiosa de la Hacienda constituía allí un problema realmente pavoroso. Sella, para remediar en parte la penuria del Erario, propuso una nueva emisión de papel-moneda y el aumento de algunos impuestos indirectos, si bien su esperanza se cifraba en la ejecución del programa que expusiera al subir al poder y que se resumía en una sola frase: «economías á todo trance». La obra legislativa realizada bajo la dirección del ministerio Lanza, más útil que brillante, no satisfacía sino á medias á la opinión pública, habituada á los magnos sucesos del período precedente; y el sentimiento nacional, encogido por efecto de la política de negocios dominante, despertaba con brío para transformar en grandiosas manifestaciones patrióticas los funerales de los más célebres autores de la unidad. En menos de un año, habían bajado al sepulcro Mazzini, que la personificaba; Manzoni y Guerrazzi, que la cantaron; Napoleón III, que se puso á su servicio; Rattazzi, que fué uno de sus mejores obreros. El primero siguió fiel, hasta el momento de expirar, á su pasado de conspirador y á su ideal de republicano; el último había inaugurado y representaba, desde mil ochocientos cincuenta y dos, la alianza del partido democrático con la monarquía. Algunos días después de la muerte de Rattazzi, el ministerio Lanza, batido en la cuestión económica, cedía el puesto á un gabinete presidido por Minghetti.

Se hallaba dotado este político de inteligencia más vasta y flexible que su antecesor; pero su voluntad era menos firme. Comprendiéndolo todo, se inclinaba á aceptarlo todo. Su iniciativa imprimió á la política de la derecha nuevos derroteros, principalmente en el campo de las relaciones exteriores. Al día siguiente de la guerra franco-alemana, los sentimientos personales del rey, las simpatías de sus ministros, el recuerdo de mil ochocientos cincuenta y nueve, no permitieron que se extinguiese de pronto entre los italianos el afecto á Francia. La amistad de ambos pueblos no tardó, empero, en entibiarse, por causas que nos son bien conocidas. Minghetti, inquieto al ver las corrientes reaccionarias que imperaban en la asamblea de Versalles, aprovechó la primera oportunidad que las circunstancias le depararon para acercarse á las potencias del Norte. En Mayo de mil ochocientos setenta y tres, el emperador Francisco José, que quería patentizar por medio de un acto solemne la reconciliación de Austria é Italia, invitó á Víctor Manuel á las fiestas preparadas para inaugurar la Exposición de Viena. Víctor Manuel vaciló en aceptar, comprendiendo que este viaje tenía como complemento otro á la corte de Prusia, y repugnaba á su alma caballerosa ir á saludar al vencedor de mil ochocientos setenta. Las instancias de Minghetti triunfaron de sus escrúpulos. En Viena tuvo una cordial acogida, y aun fué más brillante la que encontró en Berlín, á donde fué desde la capital de Austria. *La Correspondencia provincial* dijo: «El rey Víctor Manuel está de huésped en la corte del emperador; pero la recepción que se le ha hecho entre nosotros le demostrará que es igualmente el huésped bien venido de nuestro pueblo, y que las ideas y propósitos que le conducen á Alemania los aprecia el pueblo alemán tan bien como su gobierno». Víctor Manuel, á su regreso, insertó en el discurso del trono un pasaje sumamente lisonjero para los dos países.

El cinco de Abril de mil ochocientos setenta y cinco, devolvió el emperador Francisco José su visita al rey Víctor Manuel, en Venecia, donde tanta sangre se había derramado en mil ochocientos sesenta y seis. La elección de esta ciudad para la entrevista consagró el olvido de todos los rencores y remordimientos. No era posible expresar con mayor eficacia ni con tacto más delicado, por parte de Austria, su renuncia definitiva á la perla de sus antiguos dominios italianos. A la visita del emperador Francisco José siguió la del emperador Guillermo, en Milán, en Octubre del mismo año. Como en el caso anterior, no pudo mostrarse de mejor manera la diferencia que había entre el jefe del nuevo imperio alemán y el del antiguo que escogiendo, para avistarse los dos monarcas, la ciudad arrasada por Federico Barbarroja en mil ciento sesenta y dos. La municipalidad de Milán adoptó el cinco de Octubre el siguiente orden del día: «El Consejo municipal se congratula de que el primer emperador de Alemania llegue á Milán para dar la mano al primer rey de Italia». En todas partes, fué objeto el emperador de las entusiastas aclamaciones del pueblo. «Hasta aquí, mi viaje ha sido una marcha triunfal, escribía Guillermo á su esposa